

APÉNDICES

APÉNDICE LETRA A

El nombre de California

El nombre de California fue por muchos años objeto de especulación por parte de todos los eruditos e historiadores, Vanegas, *Noticia de la California y su Conquista*, Madrid, 1757, sostiene que no procede de ninguna de las lenguas indígenas; pero también encuentra difícil que se haya formado de *calida fornax*, pues los conquistadores no eran tan eruditos. Sin embargo, la tendencia a derivarlo de horno es constante en los historiadores, que creen se refiere a los temascales que se usaban durante la dominación española (Captain Breechy). *Calidus fornus*, *Caliente fornalla*, *Californo* y *Caliente horno*, son versiones también propuestas. Otros lo derivan del latín y el español *cala* y *fornix* por cierta formación natural cerca del Cabo de San Lucas. Del griego hay *Kala forma*, *kala phora*, *-mea*, *kala*, *chornea* y *kalos phornia*, que quieren decir, respectivamente: — *mujer hermosa*, *luz de luna*, *adulterio*, *tierra fértil* y *país nuevo*. También se propusieron por los yacimientos de chapopote que abundaban en el territorio, *colofón* y *colofonia* — la pez. Los mejicanos que quedaron después de la anexión la derivaban de lenguas indígenas y se formaron dos bandos, unos creían que significaba *montaña* o *cerro elevado*; otros, *tierra nativa*. Por último, un residente de Copala, Sinaloa, lo descomponía *thali-fatni-al*: *tierra arenosa más allá del agua*. Bancroft, Cap. I, pp. 65-66.

Hittel, cree quiere decir tierra abundante en oro y perlas. El Dr. Davidson, se inclina a creer que tenga que ver con *cal* y *canto*.

Lodain cree provenga del árabe *Kalifat* provincia. ¡Hasta hay quien suponga que proviene de Calpurnia, la mujer de César! Puttman, (Ap. a. 356-362).

Esas fantasías quedaron desvirtuadas por el descubrimiento que hizo en 1862 el Doctor Edward Everett Hale, (*Proceedings of the American Antiquarian Society*, ap. 1862), que lo encontró en "El Ramo que de los cuatro libros de Amadis de Gaula sale llamado Las Sergas del muy esforzado caballero Esplandián, Hijo del Excelente Rey Amadis de Gaula," obra de cierto Montalvo, cuyo nombre de pila se disputa. En el capítulo CDVII que lleva por epígrafe "Del espantoso y no pensado socorro con que la reina Calafia

en favor de los turcos al puerto de Constantinopla llegó", se dice "Quiero agora que sepáis una cosa la más extraña que nunca por escriptura ni por memoria de gente en ningún caso hallarse pudo, por donde al día siguiente la ciudad estuvo a punto de ser perdida, y cómo de allí le vino el peligro le vino la salud. Sabed quia la diestra mano de las indias hubo una isla llamada *California*, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, *la cual fué poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hobiese*, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la ínsula en sí la más fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; *las sus arenas eran todas de oro*, y también las guarniciones de las bestias fieras en que, después de haberlas amanzado, cabalgaban; *que en toda la isla no había otro metal alguno*; moraban en cuevas muy bien labradas; tenían navíos en que salían a otras partes a hacer sus cabalgadas, y los hombres que prendían llevábanlos consigo, dándoles las muertes que en seguida oiréis. Y algunas veces que tenían paces de sus contrarios, mezclábanse con toda seguridad unas con otros y habia ayuntamientos carnales de donde resultaba quedar muchas de ellas preñadas, y si parían hembra guardábanla y si parían varón luego era muerto. La causa de ello según se sabía era porque en sus pensamientos tenían firme propósito de apocar los varones en tan pequeño número, que sin trabajo los pudiesen señorear con todas sus fuerzas, y guardar aquellos que entendiesen que cumpliesen para que la generación no pereciese."

En el cap. CLVIII, "Pasada aquella noche y la mañana venida, la reina Calafia salida del mar, "armadas ella y sus mujeres de aquellas armas de oro sembradas de piedras muy preciosas que en la su ínsula California como las piedras del campo se hallaban," (p. 539-40).

Parece que desde la primera edición de la Historia de la Literatura Española, de Ticknor, en 1843, se mencionaba ocasionalmente la isla California; pero nadie había encontrado que pudiera tener relación con el nombre de la península, hasta que la halló el Dr. Hale.

Las *Sergas* deben de haberse estampado antes de 1521, que es la edición más antigua que tenemos, pues se conoce un sexto libro de *Amadis* llamado *Florisando* que salió a la luz en Salamanca en 1510, pero sea como fuere, Bernal Díaz cita la famosa novela en diversos pasajes de la Historia, y no sólo menciona al héroe principal, sino también el de Agrajes, cuando dice que solían llamar así los conquistadores al hombre presuntuoso y de pocas hazañas.

Los conquistadores, gentes casi iletradas (a excepción de Cortés y quizás de Olid y algún otro), eran sin embargo grandes citadores de romances, que de seguro oirían a la vera de la lumbre, en las aldehuelas de Extremadura y Andalucía, donde se cantaban al mismo tiempo sucesos de ayer como si dijéramos, esto es, las hazañas de un Hernán Pérez del Pulgar en Granada o de un Gonzalo de Córdoba en Italia, o bien cosas remotas y fabulosas como las gestas de Mío Cid y de los Siete Infantes de Lara, o de Amadis y los Caballeros de la Tabla Redonda.

Bernal Díaz, *ingenio lego*, si los ha habido y por lo mismo más apropiado que ningún otro para la receptividad, refiere que cuando navegaba Cortés de vuelta de Méjico para ir a San Juan de Ulúa, los que ya conocían la tierra iban mostrándole la Rambla, las muy altas sierras nevadas, el río de Alvarado, el río de Banderas, donde se rescataron los 16,000 prisioneros; la isla de Sacrificios, donde se hallaron los altares y los indios sacrificados cuando lo de Grijalva, y así se entretenían hasta que arribaron a San Juan.

A alguien le parecieron impertinentes aquellos recuerdos pasados, y tan perder el tiempo como recordar el romance de Calainos. "Acuérdome, dice Bernal, que se llegó un caballero que se decía Alonso Hernández de Puerto Carrero, y dijo a Cortés. "Parecenme señor que han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:

Cata Francia, Montesinos,
Cata París la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Que van a dar a la mar;

yo digo que miréis las tierras ricas y sabréis bien gobernar." Luego Cortés entendió a que fin fueron aquellas palabras dichas y respondió:

"Denos Dios ventura en lides
Como al paladín Roldán,

que en lo demás, teniendo a Vuestra Merced y a otros caballeros por señores bien me sabré entender."

Otra vez, contemplando desde Tacuba a México, de donde había salido huyendo, "suspiró con una gran tristeza, aun mayor que la que antes tenía por los hombres que le habían matado en él antes que en el alto subiese; acuérdomme, dice Bernal, que entonces le dijo un soldado que se decía el Bachiller Alonso Pérez, que después fué fiscal y vecino de México: "señor capitán no esté Vuestra Merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acontecer, y no se dirá por Vuestra Merced

Mira Nero de Tarpeya
A Roma cuando se ardía."

Y continúa el cronista: "Dejemos estas pláticas y romances, que no estábamos en tiempo de ellos y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros capitanes."

La muerte súbita de doña Catina Juárez, la Marçayda, primera esposa de Cortés, dió lugar a que los soldados cantaran el romance del Conde Alarcos, pues como se sabe sobraba quien dijera que aquella señora había perecido envenenada o ahorcada.

Ya se ve, pues, que desde el tiempo de la conquista abundaban las alusio-

nes o romances, y que, por consecuencia, éstos deben de haber sido en Méjico populares en extremo. ¿Por qué no los conocemos ahora y en dónde se conservan? El doctísimo investigador don Juan Menendez Pidal, que en 1905 hizo una excursión de estudio a la América del Sur, encontró en Chile y en la Argentina muchos romances castellanos que, o se conservan puros en aquellas partes, o están levemente adulterados por circunstancias de lugar y tiempo. Si países como Chile y la Argentina, que tan escasa relación tuvieron con la Madre Patria, conservan romances netamente españoles, ¿cómo no los hemos de tener nosotros, que por espacio de tres siglos recibimos la emigración continua de la Península en proporción mayor que ningún otro país de América, inclusive el Perú?

¿Y por qué no había de tomar Cortés de una de las novelas en boga el nombre de una tierra entonces desconocida y salvaje, ya que toda la historia de la conquista está impregnada del mismo espíritu aventurero y caballeresco?

En la cuarta carta que escribió a Carlos V, fecha 15 de octubre de 1524, edición de Lorenzana, 1828, p. 520, se halla ese trozo que parece copiado de la novela:

"Y asimismo me trajo relación de los señores de la provincia de Ciguatán,¹ que se afirma mucho haber *toda una isla poblada de mujeres, sin varón ninguno y que en cierto tiempo van de tierra firme hombres con los cuales han aceso; y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan; y si hombres los echan de su compañía; y que esta isla está a diez jornadas de esta provincia, y que muchos an ido alla y la an visto. Dícenme asimismo que es muy rica de perlas y oro.*"

Y la *Relación de la Entrada de Nuño de Guzmán* por el intérprete García del Pilar, *verbatim*, dice cosa idéntica hablando de Ciguatán: "*Llegamos al pueblo de Ciguatán que dicen ser de las mujeres e en este pueblo hallamos todo lo más mujeres e no se pudo alcanzar si vivían solas o tenían maridos.*" Icazbalceta, *Doc. para la Hist. de México*, II, 259. Asimismo la *Tercera Relación anónima de la Jornada de Nuño de Guzmán*, (Ibib 451) "*Estas mujeres decían haber venido por la mar, y antiguamente guardar tal orden que no tenían maridos ni entre sí los consentían, mas antes de cierto en cierto tiempo ventían los comarcanos a entrar con ellas y las que quedaban preñadas y parían hijos los enterraban vivos y las hijas las criaban y cuando eran de diez años o poco mas las daban a sus padres.*" Y sabido es que Guzmán marchaba sobre las huellas de Cortés y se valía de sus propias fuentes de información.

El mismo señor Icazbalceta, en la "Col. de Doc. para la Hist. de Méx." II, pág. XVIII, se expresa así:

Ya desde 1540 (25 de junio) había dirigido (Cortés) al rey otro memorial contra Mendoza; pero se refiere únicamente a las disputas suscitadas con motivo de los descubrimientos en el Mar del Sur, que dieron origen a la enemistad entre ambos personajes. El documento ha sido publicado en el tomo

1 Cihuatlán significa lugar de mujeres, de Cihuatl (mujer) y tlán (lugar).

IV de la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. Hay en él (pág. 211) un pasaje curioso que revela algo acerca del origen de las famosas relaciones del P. Fr. Marcos de Niza sobre el reino de Quivira y las Siete Ciudades. Quiero copiarlo por ser todavía poco conocida entre nosotros la voluminosa Colección en que se encuentra. Dice así: "Y al tiempo que yo vine de la dicha tierra (*la de Santa Cruz que descubrió Cortés en la expedición de 1534 y se cree ser el puerto de la Paz en Baja California*), el dicho Fr. Marcos (de Niza) habló conmigo estando yo ya en la Nueva España, e yo le di noticia de esta dicha tierra y descubrimiento de ella, porque tenía determinacion de enviarlo en mis navios en proseguimiento y conquista de la dicha costa y tierra, porque parecia que se le entendia algo de cosas de navegacion: el cual dicho fraile lo comunicó con el dicho visorey, y con su licencia diz que fué por tierra en demanda de la misma costa y tierra que yo habia descubierto, y que era y es de mi conquista; y después que volvió el dicho fraile ha publicado que diz que llegó a vista de la dicha tierra: la cual yo niego haber él visto ni descubierto, antes lo que el dicho fraile refiere haber visto, lo ha dicho y dice por sola la relación que yo le habia hecho de la noticia que tenia de los indios de la dicha tierra de Santa Cruz que yo truje, porque todo lo que el dicho fraile se dice que refiere, es lo mismo que los dichos indios a mi me dijeron; y en haberse en esto adelantado el dicho Fr. Marcos fingiendo y refiriendo lo que no sabe ni vió, no hizo cosa nueva, porque otras muchas veces lo ha hecho, y lo tiene por costumbre, como es notorio en las provincias del Perú y Guatimala, y se dará de ello información bastante luego en esta corte, siendo necesario." Grave es el cargo contra el P. Niza; pero debe tenerse en cuenta que a Cortés le convenia sostener que lo que se sabía de aquella tierra se sabía por él.

Como se ve, la respetable opinión del señor Icazbalceta es que lo de isla de Santa Cruz se refiere sólo al Puerto de la Paz y no a toda la California, la cual pudo llamarse así, como pudo llamarse también Santa Cruz a un punto especial de la nueva provincia.

También hace mucha fuerza que Lorenzana en la Nota 3 de la página 439, diga: "Este país sólo de mujeres que expresa aquí Cortés, es el que llamaron por entonces de las Amazonas, que creyeron habia y se descubrió falso" y en la 4 "Ya está averiguado que la California no es isla como la creyeron algunos sino península."

Parece, dice Miss Putnam, muy significativo que se relacione la historia de las Amazonas con la tierra que después descubrió Cortés.

El cronista Herrera (Hist. Gral., Década VIII, libro VI, 178, citado por Miss Putnam), habla de "la California a donde llegó el primer Marqués del Valle que le puso este nombre." Gaínza, que escribió antes que Bernal Díaz, habla de ella en dos pasajes. "Del Guayaual atravesaron a la California en busca de un navío" y "Del Ancón de Santandrés siguiendo la otra costa llegaron a la California."

Fray Marcos describe sólo la isla que descubrió el Marqués del Valle y pondera su abundancia en perlas: "Vacopa, ciudad a 40 leguas de la Bahía

de California" y "Grandes Perlas y mucho oro se hallan en las islas de la California, que son 34 en número."

Cita Miss Putnam varios pasajes de Ramusio y su traductor, de los que aparece que cuando el original (que escribió por el año de 1550), dice *Santa Croce, Isole delle perle* u otras cosas, el traductor, fidelísimo en otros pasajes, no deja de añadir *California* y hasta los asimila y unifica. Así, en cierto lugar en que el original dice sólo *Santa Cruz*, Hakluyt reforma el texto diciendo: "*They sail from the Isle of Cedars to the port of Santa Cruz or California*," lo cual indica que en 1600, que se hizo la versión tan citada, ya era familiar el nombre. Así se encuentra en el famoso mapa de Diego Gutiérrez, de 1562, que el Dr. Hale encontró en 1882.

De todo modos, nada hay que invalide la versión de que fué Cortés quien dió el nombre a la tierra, ya que desde 1522 preparaba su primera expedición a la mar del sur desde el puerto de Zacatula y sólo en 1536 cejó en su afán de descubrimientos.

Sin duda que el nombre de California es caprichoso e inventado por Montalvo para hacer verosímil la especie de que se trataba de un libro del Gran Maestro Elisabat, pero hay en la materia coincidencias muy curiosas. Por ejemplo, en la traducción francesa de las *Sergas* se habla por primera vez de *Californiennes*. En la *Chanson de Roland*, cuando Carlo Magno se lamenta de la muerte de su sobrino en Roncesvalles, al mencionar los enemigos que faltando él podrían atacarle, dice:

2920 Mor est mis nies ki tant soleit cunquere
 Encuntre mei revelerunt li Saisne
 2922 Et Hungre et Bugre et tante gent averse
 Romain, Puillain et tuit cil de Palerne
 2924 Et cil d'Affrike e cil de *Califerne*

que León Gautier traduce:

Il est mort mon cher neveu, celui qui m'a conquis tant des terres
 Et voila que les Saxons vont se revolter contre moi,
 Les Hongrois, les Bulgares et tant d'autres peuples,
 Les Romains avec ceux de la Puille et de la Sicile,
 Ceux d'Afrique et de *Califerne*.....

El traductor, que entra en copiosas observaciones acerca de los otros países, nada dice de *Califerne*, aunque algunos opinan que se trata de los dominios de Califa.¹

1 Los datos que este apéndice contiene (a excepción de los que relacionan las *Sergas de Esplandián* con los viajes de Cortés y de Nuño de Guzmán, que, me figuro, soy el primero en descubrir) están tomados del precioso estudio de Miss Ruth Putnam y Mr. Herbert J. Priestley, *California the Name* (California University Press, 1916).